

“Femeninas” (1915), “Habla Emilia Pardo Bazán” (1911) y “Niñerías” (1917), un cuento y dos ensayos de Emilia Pardo Bazán en la prensa americana

Mercedes Caballer Dondarza

(SUFFOLK UNIVERSITY)

El vaciado de la prensa estadounidense en español, que vengo realizando en la última década, me regaló el hallazgo del cuento y los ensayos de Emilia Pardo Bazán que transcribimos ahora entre las colaboraciones de doña Emilia que van apareciendo desde 1892 y hasta 1917, tan sólo cuatro años antes de su muerte¹.

Además de traducirse un número considerable de sus novelas en ese país, se publican y traducen sus cuentos, relatos breves y colaboraciones en otras publicaciones como la *Revista Católica* (1875-1917) de Nuevo Méjico, las neoyorquinas *Revista Ilustrada* (1886-1893) y *Las Novedades, España y los pueblos hispano-americanos* (1876-1918). Por último, en la revista bostoniana *Littell's Living Age* (1844 y 1941).

Los textos que nos ocupan aparecen en la neoyorquina *Las Novedades*, revista semanal y diaria que aparece entre 1876 y 1918. “Femeninas” es el séptimo y último cuento que se publica en la prensa estadounidense. También entre las páginas de la revista *Las Novedades* ve la luz en abril de 1915². Éste es el único cuento aún no hallado en España, probablemente debido a la fecha tardía de su publicación. Como en otras ocasiones, se recrea la escena en un convento. Esta vez son unas amigas las que visitan a una monja recién ordenada, que al oír de nuevo el nombre de su ex-novio sale corriendo con la excusa de estar indispuesta. Como ocurre con frecuencia en los relatos decimonónicos, es difícil establecer la frontera entre el cuento, el relato, el ensayo o el boceto; en definitiva, se acerca a un estudio sociológico, como ya apuntaba en su estudio sobre el tema José M. González Herrán³.

¹ Para más información ver Caballer Dondarza, Mercedes (2007): *La narrativa española en la prensa estadounidense, hallazgos promoción, publicación y crítica, (1875-1900)*, Madrid, Iberoamericana.

² *Las Novedades*, n°1624, 8 de abril, 1915: 7.

³ González Herrán, José M. (1999): “Artículos”/“cuentos” en la literatura periodística de Clarín y Pardo Bazán” en *La elaboración del canon en la literatura española del siglo XIX. II Coloquio de S.L.E.S. XIX (Barcelona 20-22 octubre de 1999)*, Barcelona, Universitat.

Comienza la autora ofreciendo una descripción del personaje masculino, el novio al que la protagonista, Carolina Vélez Puerta, deja para hacerse monja. La narradora describe la preferencia de Carolina diciendo que “cuando se supo la nueva de la vocación de Carolina, se atribuyó al modo de ser de la calamidad de Gil Grases, al convencimiento de lo infeliz que sería con él, por lo cual y prefiriendo vida más sosegada, había puesto ante su amor sus votos de religiosa.” De esta forma, se pone en entredicho su verdadera vocación y las únicas opciones que tiene la mujer decimonónica, casarse, meterse monja o quedarse soltera. Más adelante, sin embargo, el diálogo con la propia interesada confirma la preferencia diciéndole a sus amigas “¿Qué mejor compañero?” refiriéndose a Dios. Al final, es el despechado novio quien apunta “se me figura que no conocéis demasiado el corazón de la mujer”.

A partir de esta colaboración firma ya la autora como Condesa de Pardo Bazán, título que recordemos le otorga el rey Alfonso XIII en 1908. Este cuento aparece junto a otros dos relatos en la sección “Literatura y Arte” dedicada, esta vez, exclusivamente a la mujer. El primero titulado “La Niña” de Concepción Gimeno de Flaquer y el segundo “Armonía del Misterio” de Visitación Padilla. Junto a ellos, tres poemas: “La Guerra” de la reina Elena de Italia, “Pleno Día” de Sofía Casanova e “Himno Feminista”, de Elisa Rós de Jaramate.

Como se puede apreciar, la proximidad que guardan las publicaciones de estos cuentos en las revistas estadounidenses con las correspondientes españolas es, cuanto menos, sorprendente. Aunque eso mismo ocurre con la creación de las obras por parte de la autora y su rápida publicación⁴. El ejemplo de *Las Novedades* que publica el cuento “Remordimiento” tan sólo quince días después de aparecer en España es digno de ser resaltado. Algo que indica el conocimiento y seguimiento de la literatura española por esa revista neoyorquina y el probable envío por parte de la misma autora.

Los otros dos ensayos, aún desconocidos, se hallan en *Las Novedades* durante un período muy delicado, el de la primera Guerra Mundial. El primero de 1914 titulado “Habla Emilia Pardo Bazán”⁵, es, como ya apuntaba, una crítica elogiosa de la obra de José López Silva al que se le rinde homenaje en la sección “Literatura y Arte” de este número. Ella escribe ya

⁴ Paredes Núñez, Juan (ed.), (1990): *Emilia Pardo Bazán, cuentos completos*, La Coruña, Fundación Pedro Barrié de la Maza, Conde de Fenosa.

⁵ *Las Novedades* n. 1602, 5, 1914, p. 7.

en 1911 el prólogo de la obra de este autor titulada *La musa del arroyo*. La autora alaba la representación de los chulos de Madrid por parte de López Silva aprovechando, como en ocasiones anteriores, para hacer un estudio de la sociedad madrileña de principios de siglo. Así, comienza el ensayo contextualizando al autor y su obra en comparación con otros escritores del momento.

“Niñerías”⁶, el segundo ensayo también encontrado en *Las Novedades*, tres años más tarde que el anterior, en 1917, ofrece la incredulidad de Emilia Pardo Bazán ante los milagros atribuidos al Niño Jesús de Arganda. Nuevamente, no puede dejar de mencionar la hora triste del momento, es decir, de la primera Guerra Mundial y justifica la fe en los milagros debido a la situación provocada por el conflicto.

Nota a la edición

Transcribimos los dos cuentos y el ensayo modernizando su ortografía y puntuación. Corregimos también, los errores, que suponemos tipográficos aunque son muy escasos.

⁶ *Las Novedades*, n. 1740, julio 19, 1917.

“Femeninas”

Las Novedades, España y los pueblos hispanoamericanos nº 1624, 8 de abril de 1915, p. 7.

Una vez que el itinerario nos ha traído hasta aquí –dije a mis compañeros de excursión– ¿por qué no hacemos una visita a sor Trinidad, que se llamó en el mundo Carolina Vélez Puerto?

-Ah– ¿Pero está aquí Carolina?– interrogó Gil Grases, el más animado y bromista de los que figurábamos en la excursión– Creí notar en su voz entonaciones de sobresalto, y comprendí que había cometido un desacierto. Gil Grases era una criatura adorable, simpático hasta lo sumo sin otro defecto que carecer por completo de sentido común.

Cuando se supo la nueva de la vocación de Carolina, se atribuyó al modo de ser de la calamidad de Gil Grases, al convencimiento de lo infeliz que sería con él, por lo cual, y prefiriendo vida más sosegada, había puesto ante su amor sus votos de religiosa.

El convento se encontraba sobre la villita y producía una impresionante sensación de soledad y paz profunda. Era una mole cuadrada, con muy escasos huecos, defendidos por celosías espesas, negras, como sombríos ojos en mi rostro pálido.

Llamaron al torno del monasterio. Antes de que la hermana tornera abriese, echamos de menos a Gil.

-Puede que siga enamorado de la monja y no quiera verla– susurramos. Parece que sintió muchísimo que Carolina profesara.

La tornera, después de un “Ave María Purísima” nasal, nos dijo: “Las madres están en el coro, pero ya se acaba el rezo. Ahora mismo saldrá sor Trinidad con la madre abadesa”.

A poco volvimos a escuchar el gangueado “Ave María” y la cortina se descorrió. Entrevimos detrás en la penumbra dos figuras muy veladas. Y al preguntar: “Tenemos el gusto de hablar con la madre abadesa”?– el bulto más grueso dijo al otro:

-Puede alzarse el velo, sor Trina, si estos señores, como parece, son amigos suyos.

Acostumbrados a la curiosidad, vimos enonces el rostro de Carolina, más interesante, encuadrado por los frunces del lienzo...

-Carolina, ¡qué gusto! ¡La casualidad de poder verte! – exclamó Celina con aturdimiento. Me llamo ahora sor Trinidad de San Antonio– contestó ella apagando el relámpago meridional de sus pupilas.

-Sí, si... ¡Perdona!...

-No– dijo la abadesa, dueña reposada como un vaso de leche con nata– si eso no tiene nada de particular. Ustedes la llaman como se llamó en el siglo en que ustedes la trataban... Sor Trina, yo voy un momento allá dentro.

-Sí, muy feliz– contestó sor Trina a una pregunta de Celina– Vivo con Dios, ¿qué mejor compañero. Soy indigna de tanto bien, y todas las mañanas doy gracias a mi abogado San Antonio.

-Yo creí que San Antonio era abogado de los que quieren casarse– dijo siempre irreflexiva la curiosa.

-Y también de los que han elegido el mejor matrimonio– hubo de contestar la clarisa.

-¡Ay, hija!– comenta la incorregible– ¡digo lo mismo que tú! ¡Mira que si llegas a casarte con esa bala perdido de Gil! ¿No sabes que viene con nosotros? En la iglesia se ha quedado...

Fue como un rayo, la monja, retrocediendo, dejó caer el velo sobre su faz, y, sin despedirse, desapareció como una visión de la reja. Calamos sobre Celina todos, tratándola de cabeza de chorlito. La abadesa se presentó cuando estábamos acalorados en la disputa.

-Sor Trina me encarga que la despida de ustedes. Se encuentra un poco indispueta.

Dimos mil gracias y una pequeña limosna para el convento, y nos retiramos, preocupados por el desagradable final de la visita. En el atrio acosamos a Celina; verdad que no solíamos hacer otra cosa durante la excursión.

¡Tonta, loca, imprudente...!

Por supuesto, en cuanto se nos unió, saliendo de la iglesia, el bueno de Gil, nos faltó tiempo para soplárselo.

-Ésta, que ya se sabe siempre ha de meter la patita...!

Los ojos de Gil se clavaron en las rejas. Luego, volviéndose hacia nosotros, murmuró:

-¿Con que decís que está contenta?

-¡Vaya! ¿Qué te creías, fatuo?

-Entonces –suspiró– veo que hice muy bien...

-¿Qué hiciste bien? Sería ella en todo caso.

No, yo, hijos, yo... Permitidme que me glorie de una de las pocas cosas buenas que habré realizado en mi vida. Decís que no tengo sentido común pero esta vez lo tuve, y en gordo. A todas sus instancias, contesté con energía. “No puede ser si nos casásemos, sería la desgracia más horrorosa, nena... Yo

no soy un hombre con quien pueda casarse nadie, nadie, y menos una mujer que tenga ilusiones...

-¿De modo que fuiste tú quien no quiso?

Gil nos miró, sonrió no sin dejos de tristeza y repuso con acento de sinceridad inconfundible:

-Naturalmente. Era mi deber. Y cuidado que estaba chaladito. Pero ella aún más; la prueba es que se pasó un año pidiéndome que nos casásemos, fuese como fuese, aunque hubiese de pedir limosna. Y repetía: "Contigo, al abismo, si es necesario"...

-Pues, contaban, protestamos, que era ella la que ...

-Sí, yo hice correr esa voz...por si antes de pronunciar sus votos encontraba otro novio bueno...Y, rabiando, me alegraría, os lo juro...Poco antes de profesar ella se las arregló para preguntarme si había variado de opinión...

Y como nos vimos sorprendidos, ¿añadió con mansa treta?

-Se me figura que no conocía demasiado el corazón de la mujer.

LA CONDESA DE EMILIA PARDO BAZÁN

“Habla Emilia Pardo Bazán”

Las Novedades, España y los pueblos hispanoamericanos, nº 1602, 5 de noviembre de 1914, p. 7.

Hay en las letras, y particularmente en el teatro actual corrientes de costumbrismo y de sátira, que es imposible no relacionar con la labor de López Silva. El sainete, resucitado por tantos frescos ingenios, entre los cuales figura, en primer término el inolvidable Ricardo de la Vega, tiene estrecho parentesco con los diálogos de López Silva, que por ley natural es sainetero también, y de los más castizos. Y los artículos firmados por aquel amenísimo y en el fondo tan observador Luis Taboada, responden a idéntica tendencia, aún cuanto Taboada haya trabajado sobre la mesocracia, muy próxima al pueblo, y López Silva sobre el pueblo mismo, concretándose a tomar por modelos los *gatos* y *gatas* de Madrid. A pesar de estas relaciones y afinidades, López Silva no debe, hablando en plata, nada esencial a ninguno de antaño ni de hogaño. Tiene fisonomía inconfundible, originalidad innegable e innegada. El vaso en que bebe ora el argandeño peleón de figones y merenderos, ora la manzanilla olorosa, de rancias tradiciones, es suyo, y no pueden los numerosos imitadores que le han salido robárselo ni un instante.

Se ha creado López Silva su mundo chico. En ese mundo se agitan hombres y mujeres cortados por el mismo patrón que nuestro zapatero, el hombre que viene a deshollinar la chimenea, la planchadora que se lleva la ropa, la mendiga que nos tiende la mano y el golfillo que a la salida del teatro se ofrece a avisar el coche. Tal calaña de gente habla rasgado, emite procacidades, tiene soberbia y punto de honra, sentimentalismo, concupiscencia, vanidad pueril, es sentenciosa, moraliza, predica, se baja por una perra o una colasa, defiende opiniones políticas y la atrae el señuelo de un repleta bota o una cazuela de bacalao con pimientos. López Silva, que es artista y no fotógrafo, dibuja las siluetas con provocativa gracia, y sorprende y acaso acentúa el palabreo de doble sentido, las picantes guindillas del discutir, y la conceptuosa soflama del discreto chulapo. Y ese modo chico de López Silva está impregnado de realidad, bajo el forzoso convencionalismo de la rima satírica; y es un mundo bien radicado, plantado hondo en la seca estepa castellana donde la corte de las Españas se asienta; y parece madroñero de rojos frutos, aspero al tacto y por dentro sabroso a mieles de poesía.

El elemento cómico, en López Silva, diría yo que procede de un contraste, y contraste muy significativo para el conocimiento del alma nacional. Los personajes de López Silva se precian de hidalgos o cosa análoga; no les falta

cierto ideal de altivez; han oído hablar mucho del honor, aspiran a encarnar la belleza del sentimiento heroico... Lo malo es que, al mismo tiempo, experimentan deseo vivísimo de conservar la piel; y no sólo de tan prudente idea se hallan penetrados, sino de un cariño vehemente al coci, al apetitoso guisante, a la tensa bota, en cuyo vientre duermen la ilusión y la alegría... Así, los pruritos caballescicos, que tal vez sugieren un atavismo no muy remoto (el de los fieros majos de 1808) paran siempre en salvar la pelleja a costa de la vergüenza, y el condumio, a costa de lo que fuere...

Sí; los personajes de López Silva no son jamás un Sancho Panza, que acepta tranquilo su villanía, y declara y reconoce que entre él y el Caballero de la Triste Figura existe infranqueable foso; que hay cosas de señores y de gente baja; que la andante caballería no se hizo para los zafios, y a la vez es cristiano viejo y no le falta vergüenza. Los tipos de López Silva que no han labrado la tierra, que viven en una gran ciudad, están amasados con partículas de orgullo entre el barro de su psiquis y tienen también su aleación de sensualismo y hasta sus pujos científicos, cuando emplean las palabras nuevas adaptándolas, y ponen en circulación las ideas recientes dándoles tormento. Nada más opuesto al buen Sancho que el chulo de Madrid, resabido, fanfarrón, irónico, mezcla de loro y mico, y sin embargo, ingenuo como el *garroche* parisiense, al cual va asemejándose en algunos respectos. Con ser tan nacionales los diálogos de López Silva, a veces, como en ráfaga, han traído a mi mente el recuerdo de las canciones de Bruant, esas estrofas en que aparecen tipos como el *souteneur* y la *marmite*, tan a menudo y con tanto garbo delineados por nuestro poeta madroñero.

Los personajes de López Silva no renuncian, no, a la vieja leyenda. Ved sus alardes patrióticos ante “el Daoiz y el Velarde” y contra los “rifleños”; escuchad sus blandronadas de esposos calderonianos en la frase, aunque mansísimos apenas llegados al terreno de la acción, limitándose a quejarse de “la falta de franqueza” de sus esposas contemplados llevando al brazo una corona fúnebre, camino del cementerio, derrochando recuerdos de ternura, y detenidos por la juerga y la merienda que les salen al paso y dan al traste con todo su romanticismo de ultratumba, despertando su verdadera naturaleza de pícaros, más picardeados por el ambiente cortesano, de excitaciones al goce y a la holganza inquieta. Porque este chulo madrileño tampoco es *el lazzarone* napolitano que se tiene al sol; es un espíritu despierto, goloso de todo, con opiniones acerca de todo; se mezcla en política (leed en *Los barrios bajos* el saladísimo *meeting*); se preocupa de lo que hace, de cómo vive la gente aristocrática; si pudiese la parodiaría; mete cucharada en crítica teatral;

hasta representa obras clásicas, entre dos vueltas de chotis y una copa de anís ... El chulo es eléctrico vivaz como lagartija de pared agrietada; y no digamos la explosiva chula, toda pólvora, fuego y chispazos, toda, manos y uñas, toda boca para soltar venablos, pullas y frescas... Como el Adán y la Eva que tanta fama dieron al pintor realista Van Eyck; la pareja humana de López Silva no es muy bella, pero en su fealdad, la magia de la vida ardiente difunde un interés que atrae la mirada y entretiene la imaginación.

Sin duda fuera ocioso negar que la obra de López Silva refleja un momento poco halagüeño de la historia del pueblo matritense. Desde 1870, viene acentuándose la desaparición del manolo y la preponderancia del chulo; si me apuntan, diré la hegemonía del hampón, como las patillas de boca de hacha, todavía predilectas del duque de Sexto; que era majo injerto en magnate, han sucedido los tufos y el pantalón ceñidito. Este descenso lo reconoce López Silva, y, por una vez, su musa se descifre el mantón bordado, de Manila, viste peplo, calza coturno, y en una Sátira oficialmente graduada de tal, dice al supuesto amigo que desde provincia le envidia la residencia en Madrid:

Ya no es éste el Madrid cuyo recuerdo
De tu memoria en lo profundo guardas;
Es un poblado histérico y prohibido
Reflejo fiel de nuestra pobre España;
Vivero de Alfaraches y Manguelas
Plantel de entretenidas y de randas
Feria de apostasías y cohechos,
Corte del organillo y la navaja...

Muchos de los males que esta sátira lamenta, acaso no sean de ley tan sólo; otro vez los abulte López Silva, que ve la realidad concreta de un modo exacto; pero que, al generalizar, puede sustituir sus opiniones sociales a su agudeza de observador. Yo no veo, actualmente, tato fraile, ni que hagan tanto daño. No cabe duda que en los tiempos cuya desaparición llora López Silva haciendo sátira en serio, había más frailes que ahora, muchos más y eran doblemente influyentes en las costumbres: cuando España tenía, digámoslo con palabras del mismo satírico, savia de pueblo grande, en cada calle se alzaba un convento sino dos. Yo no pretendo que estos tiempos vuelvan; pide cada tiempo lo suyo; lo malo es si, como sucede quizás en nuestra patria, hemos olvidado lo grande de antes, y no hemos sabido crear lo grande de ahora. Hay en el chulo mucho de lo neto, castizo, característico, típico, y demás, del majo; pero cualquier lego de antaño le vence en instrucción, y cualquier villano de otros días en dignidad, porque uno de los tesoros de

nuestra alma antigua fue la dignidad villana, la nobleza del pueblo, de la cual querían rastros y que nos es más preciosa aún, si cabe, que la aristocrática, que no ha desaparecido, pero anda asaz maltrecha también a la hora presente. Tienen los chulos del pueblo bajo su pintor y su poeta que los retrata con insuperable donaire; lástima no retratar a los chulos de automóvil, a las golfas vestidas por el gran modisto.

Y perdóneme el público la seriedad de estas parrafadas últimas, y no abandono el estilo grave para repetir que profeso al ingenio de López Silva la consideración que se merece y la merece muy alta. No se mide la importancia de la obra ni por su asunto, ni por ninguna circunstancia accesoria ajena al arte, Murillo que trasladó al lienzo la profundidad del misterio glorioso y las irradiaciones del Empíreno, no fue inferior a las Concepciones cuando trazó la figura de un chicuelo desharrapado en cierto cuadro cuyo nombre no me atrevo a estampar, un golfo que se entrega a la misma tarea que se entregó la Cava, según el romance, en la cabellera del rey Rodrigo.

Y me despido de esta musa regocijada y amarga, deseando al poeta palmas, tabacos, y muchos años de inspiración, hasta que enmudezca... porque sus modelos hayan desaparecido o den el salto atrás al clásico, al legítimo *manolo*.

EMILIA PARDO BAZÁN

“Niñerías”

Las Novedades, España y los pueblos hispanoamericanos, nº 1740, 19 de julio de 1917.

No andarán ustedes tan atrasados de noticias que no haya llegado a sus oídos lo que se cuenta de los prodigios del Niño Dios o Nazarenito de Arganda. La Prensa ha empezado a propagarlos, y, a estas horas, en viejas urbes, en retirados caseríos, en donde los humildes se cobijan, sedientos de albos y de comunicación con lo infinito, se soñará con esa figurilla devota, por medio de la cual el Cielo se pone en contacto con la tierra.

Yo encuentro encantadores a los Niños Dioses, vistan o no de Nazarenos. No hay culto más simpático que el de la Divina Infancia. Niños Jesuses y Sanjuanicos han inspirado a nuestros artistas del palillo y de la gubia, creaciones encantadoras. Porque el Niño Dios que me interesa, no es de mármol o alabastro, sino el de madera, el santito de palo, de genuino estilo español; y me gusta más vestido con sus ropajes de terciopelo, raso y tisú, su cordón de oro ceñido al talle, su camisita fina de lino, orlada de puntilla angosta, con su peluca de rizos rubios o de negros mechones y, en la mano argentado globo, y, en torno de la cabeza las tres potencias, de plata y pedrería.

Adorables niñitos que sonrían como exclamando “tarde o temprano, mío será el mundo”, como si desmintiesen al espíritu de burla y abnegación que lo posee, y al espíritu de destrucción y odio que lo está aniquilando. Niñitos que son un símbolo de la concordia y de la paz, de la piedad eterna, y que proclaman, por encima de las severidades de los ascetismos, la efusión tierna y dulce de las cosas familiares. Habéis reparado en el sentimiento que revelan los rostros de los Santos que aparecen llevando en brazos a Jesús Infante? ¿Los San Antonios, los San José? No es el éxtasis arrebatado, no es la fe ardorosa, no es el arrobamiento de las perspectivas celestes, entrevistas, no es el terror, en que se abisma el alma contemplando el gran Misterio del más allá. No; no es nada de eso lo que sonrío en la rasurada faz de Antonio de Bulhoes, el traumaturgo, ni entre las barbas bellamente españolas, de cálido tono amarillesco, de José el de la vara florida. Es sencillamente la miel de la humana ternura, el hechizo peculiar de la niñez que remueve el sedimento de la paternidad posible; es algo que todo hombre nacido de mujer asiente en sus entrañas, si no son de bronce. Y así, el Niño es el puente por el cual el amor humano comunica con el celestial, como las efigies de las Dolorosas son las que une a la maternidad con la fe, dando calor de corazón al drama religioso. Niños

Dioses y Dolorosas con uno o siete puñales, son lo más artístico y lo más sentimental que ha producido el fervor de España, ardiente y añejo como dorado, Jerez, y siempre convendrá reproducir, con su carácter castizo, esas imágenes idílicas o trágicas llenas de sentido, de emoción.

Viniendo al Jesucristo de Arganda... No he ido allí a adquirir el convencimiento por el método de Santo Tomás; y no he ido, porque se me figura que puedo ahorrarme el viaje y la fatiga de la jornada, y la situación embarazosa en que se encuentra el que no se convence de algo que le quieren demostrar.

No me figuro que nadie emplease conmigo el sistema que en un periodo de revueltas políticas se empleó con cierto escéptico que se empeñaba en no ver lo que una muchedumbre aseguraba que veía en el cielo: una cruz luminosa, símbolo ¿de qué creéran ustedes? ¿de la Constitución! El pobre hombre repetía:

-Pero, ¿dónde está? ¡No la veo, señores!

Y el más próximo, le descargó tremenda bofetada, preguntando:

-Y ahora, ¿la ves?

-Sí, sí, allí está!, clamó el persuadido...

Sin recelar el uso de argumentos tan convincentes, es siempre peligroso, y hasta tiene algo de ingrato y antipático ir a negar lo que otros creen, o haber de darse por persuadido, no estándolo en realidad y respetando la providencia que haya de tomar el venerable señor obispo de la diócesis en tan delicado punto, he de confesar que no han llevado el menor convencimiento a mi ánimo los hechos prodigiosos que se refieren del Niño argandeño, y que conozco, no sólo por los diarios, sino por referencias de personas que han ido a visitar a la imagen.

¿Será una de las razones de mi incredulidad, en este punto concreto, el que la efigie según noticias es tosca y mal configurada? Pudiera esto influir en mí, porque cuando algo se tiene de artista el camino que nos lleva a la fe es muchas veces la belleza. Pintores, escultores, arquitectos imagineros, tallistas, esmaltistas, plateros cinceladores, labradores de tapices, azabacheros y marfileros, tejedores de ricos damascos y brocados, bordadores de ropajes que deslumbran, ¡Cuántos hecho para desposar a nuestro espíritu con la idea religiosa, y para crear el mundo encantado en que nuestra sensibilidad estética se funde estrechamente con la sensibilidad, más íntima aún, de los que nos transmitieron tales normas de sentimiento y hermosura! Hemos venido a tiempos en que la belleza artística emigra al cerrado recinto de los palacios de los ricos, y abandona ese otro recinto abierto de monasterios,

iglesias y catedrales, en que su fruición era patrimonio de todos, y ningún plutócrata podía jactarse de poseer las riquezas artísticas que el hombre del pueblo, con los ojos gozaba inconscientemente. Reconozco que si el Niño de Arganda fuese obra prima de Berruguete o de Alonso Cano, tendría más probabilidades de interesarme. Con todo, siempre este género de milagros que se le atribuyen me parecía inocente y asaz pueril.

En esta horrible hora de tragedia que nos ha tocado atravesar, me cuesta trabajo explicarme qué objeto llenan, ni como edificación, ni aviso, ni como promesa, ni como amenaza, de castigo justo, esos malabarismos de andar pasando una emtampita de un brazo a un hombro, y una cruz de un hombre al otro, o a la falta de la túnica. Sin poderlo evitar, me acuerdo del sabio Beneditcno, padre Feijóo y de su campaña contra los milagros supuestos, contra las célebre flores de San Luis. Todos los peligros que el gran crítico señaló en sus artículo briosos, de periodista sabio, me vienen a la memoria. La misma piedad, la misma devoción, protestan enérgicamente contra los conatos de superchería. La Iglesia ha trabajado mucho para depurar tales conceptos, y perseguir los falsos milagros y las falsas reliquias.

En todo tiempo, tal cizaña ha crecido alrededor del árbol poderoso de la fe. Son los milagros supuestos como las herejías: nacen de la exhuberancia religiosa. He ahí por qué el padre de la Iglesia dijo: “conviene que haya herejes”, por que prueban lo mismo que quieren negar. En esto veo la excusa mejor aderezada para los milagros, que no me convencen, del Niño argandeño. Existe un ansía de consuelo, y una sed devoradora de algo, que vaya más allá de la ordinaria prosa de la vida, diaria, sin horizontes, monótona, reclusa en un pueblecillo. El hombre huye del tedio por cualquier puerta que se le abra, y si no hay puertas por las rendijas. Lo apocalíptico del horror que llega hasta nosotros en letra de molde, en gráficos; esa especie de Juicio final, de nuevo diluvio de sangre, prepara a las almas a que abran sus corolas a esperanzas oscuras, a promesas indefinidas. En épocas terribles, el creyente lo es con más fuerza, con más abandono. La figurilla de palo llora, humedece los pañuelos que se acercan a su rostro mal tallado...

¡Es tan natural! ¿No ha de llorar el Nene, ante el espectáculo impío de las matanzas y los incendios, la ruina, la crueldad, la muerte que pasa hollando humanos troncos! El Nene se acuerda de que nació por todos los hombres y por todos fue envuelto en pañales, y por todos exhaló esa queja dulce, enternedora con que el recién nacido pide su sustento. Y así llora por todos, como hubo de llorar ya en la edad viril, sobre las turbas, sobre la triste grey por ellas representada. Al menos, en el conjunto de los milagros atribuidos al

Nazarenito, uno hay que comprendemos, que nos parece simbólico, en este instante: las lágrimas...

Tentados estamos a pedirle que lllore, en efecto, y que con él lloren las efigies, cuantas pueblan nuestros templos y son tutelares de nuestras casas... “!Salid sin duelo, lágrimas, corriendo!” Pero tampoco las lágrimas son ahora cosa que se lleve mucho. El mundo se ha vuelto estoico, impassible...

¡Reclamo, siquiera para los pequeñuelos Jesuses, el derecho a llorar, en esta hora...

La condesa de PARDO BAZÁN